

Chile: los problemas de la segunda revolución

por Oscar Waiss

Oscar Waiss es un antiguo militante socialista chileno. Abogado, criminalista, escritor y periodista, ha publicado varios libros, en los cuales afirma su posición marxista y latinoamericanista consecuente. Miembro del Comité Central de la Izquierda Comunista chilena, dirigente del Partido Socialista y titular de su Comité Central en las décadas del 40 y del 50, pasó a organizar el Movimiento de Izquierda Revolucionaria en un intento de forjar un movimiento socialista revolucionario en los años 60. Habiendo roto con la posición foquista, tomada por el MIR en 1967, se reincorporó al Partido Socialista y, apenas comenzó la campaña electoral de Salvador Allende, y durante los tres años de su gobierno, desarrolló en la prensa ("La Nación" y "Clarín") así como en las radios, una beligerante campaña impulsando al movimiento popular a desbordar los diques burgueses para llegar a una transformación socialista de la vecina República. Preso y torturado por la Junta gorila, fue puesto en libertad a fines de 1973 gracias a una campaña mundial. Ahora ha vuelto a trabajar como socialista. Muestra de su lúcida concepción marxista —no aherrojada por el dogmatismo— es este artículo enfocado a discutir los problemas cruciales que afronta el socialismo chileno en esta etapa decisiva.

El Partido Socialista de Chile es un movimiento vivo en cuyo seno es siempre posible el análisis, la exégesis y la discusión dialéctica. Esta característica lo distingue de otros sectores latinoamericanos, ajenos al curso de las diversas corrientes ideológicas y, al mismo tiempo, le otorga una jerarquía intelectual permanente. Quienes piensan que esta libertad de juicio es perjudicial, ignoran las reglas más elementales del centralismo democrático, que han determinado, determinan y deberán determinar las resoluciones finales, adoptadas en

los congresos regulares de la organización.

El Partido Socialista de Chile actúa en el interior del país, en condiciones salvajes de represión totalitaria, y en el exterior, donde una gran parte de dirigentes y militantes han ido a dar, con motivo de esa situación anormal. Pero Chile sigue siendo el mismo país y, por lo tanto, el partido continúa cumpliendo su misma misión renovadora y revolucionaria. Es inexacto considerar que ahora todo es distinto y que el futuro también lo será, porque subsis-

te la misma infraestructura, chocan entre sí las mismas clases sociales y perduran idénticos problemas, aunque ahora agravados por la brutal regresión económica impuesta por la oligarquía y la alta burguesía, a través del gorilaje desenfrenado de Pinochet.

Otra cosa es afirmar que ya el pueblo perdió definitivamente las ilusiones en la democracia burguesa, en la tradicional división de poderes del Estado, en la majestad del Parlamento, en la intangibilidad de los tribunales, en la severidad de la

Contraloría General o en el espíritu profesional y no deliberante de las Fuerzas Armadas. La derecha económica y política, aterrorizada por el proceso de transición al socialismo que aceleraba el gobierno de la Unidad Popular, echó por la borda toda su imagen constitucionalista y republicana, incitando a la masacre y a la violencia; demócratas cristianos, con intereses ligados a esa derecha, como Eduardo Frei, Juan de Dios Carmona, Patricio Aylwin o Andrés Zaldívar, contagiados por el pánico, aprobaron el terror reaccionario y se confundieron en fraternal y sangriento abrazo con los verdugos militares. Así se consumó la alianza de clases antipopular, entre el "jarpismo" y el "freismo", o sea entre la vieja y encolerizada oligarquía terrateniente y la poderosa burguesía financiera e industrial, metidas en la misma "cacerola" por las manos del imperialismo, gran cocinero de todos estos platos fueres.

Es en este sentido, y sólo en éste, que Chile ha cambiado; la lucha por el poder persiste y se expresa cada vez más vigorosamente en la resistencia nacional contra la Junta y en la exigencia de mínimas condiciones de trabajo y de vida; sectores sociales heridos por la política económica de libre empresa se suman permanentemente al descontento generalizado; las capas medias que lograron, al comienzo, ser movilizadas contra el gobierno popular, reaccionan ante la brutalidad de los medios empleados para reducir sus niveles habituales. Todo esto se conjuga en una resistencia pasiva y aún activa, cada vez más amplia, incentivada por la solidaridad internacional y los reveses sufridos por la Junta en sus aspiraciones de conseguir apoyo externo.

Si reconocemos que la lucha por el poder persiste y que las ilusiones en la democracia burguesa se han desvanecido, debemos llegar a una conclusión inevitable: esa lucha "retoma-

rá" las banderas de la transición al socialismo, en una etapa de mayor decisión, con más claridad programática y a través de una movilización popular indudablemente más amplia. De ahí que se planteen tres interrogantes o problemas, que los socialistas chilenos debemos ayudar a resolver, discutiendo seriamente y no dejándonos llevar por esquematismos dogmáticos.

EL PROBLEMA DE LAS VIAS PARA LLEGAR AL PODER

¿Fuimos consecuentes los socialistas chilenos con los acuerdos reiterados de nuestros congresos partidarios? ¿Nos contagiarnos o no con la esperanza idealista del paso paulatino y pacífico desde una sociedad capitalista a nuevas estructuras socialistas?

No se trata de echarle la culpa a nadie en particular, buscando un chivo emisario, porque el que se sienta sin pecado que lance la primera piedra. Pero la verdad es que, cual más, cual menos, los socialistas chilenos compartimos los sueños y las quimeras para tener un despertar doloroso el 11 de septiembre de 1973.

Algunos desean eludir las enseñanzas recogidas, imputando el desastre a circunstancias singulares, como la dirección multipartidista o una defectuosa evaluación de las fuerzas conservadoras; esos errores "podrían" ser eventualmente evitados en otras regiones, como Italia o Francia, subsistiendo así la validez histórica de la llamada vía "pacífica" o "electoral". Sin negar la posibilidad, en condiciones "sumamente extraordinarias", como lo señalara Lenin, de que el vuelco pudiera venir por esa senda, nuestra ex-

periencia nos conduce a la convicción de que el "enfrentamiento" es siempre inevitable, en la medida que las clases revolucionarias "cambian" realmente las bases estructurales de la sociedad.

Es decir, la vía pacífica puede transitarse, y así conviene a todo pueblo que desea reducir al mínimo la violencia, en una extensión determinada, cuya longitud debe calcularse fríamente, a conciencia de que el enemigo prepara en algún sitio la emboscada. Pero llega un instante en que, o se pierde la cortesía, o se sacrifica la vida. Eso, en Chile significaba por lo menos el llamado a retiro de los generales y almirantes sediciosos, la expulsión de los jueces conspiradores, la destitución del Contralor General de la República y, seguramente, la disolución del Parlamento. Tal vez —ya que no se puede hacer la pitonisa—, ello habría decidido a parte de las Fuerzas Armadas a sostener al Ejecutivo y hubiera permitido a los grupos paramilitares de la izquierda algún espacio-tiempo para la maniobra. De ahí que el camarada Carlos Altamirano tenga plena razón cuando dice que somos culpables por lo que no hicimos, y no por lo que hicimos.

No se puede "avanzar sin transar" si no se cuenta con las fuerzas necesarias para sostener la ofensiva o, por lo menos, con una correlación favorable de las clases en pugna, porque esa consigna implica fatalmente la orden de lanzarse de cabeza contra la pared, lo que no corresponde a una táctica de victoria. Y eso es, precisamente, lo que aconteció. La "vía pacífica", o sea la etapa en que el Poder Ejecutivo —fracción limitada del Poder real— se mueve normativamente dentro de la legalidad burguesa y de las formas clásicas de la economía capitalista, podrá ser positiva si a los "cambios" profundos que se plantean y realizan se agrega la preparación metó-

dica de una consolidación de fuerzas sociales, apoyada por un potencial militar y paramilitar efectivo. Al decir esto me refiero, tanto a la "concientización" de fracciones militares del viejo Ejército tradicional —posible si se considera la extracción de clase de sus cuadros— como a la efectiva preparación de contingentes proletarios y campesinos.

Tampoco es viable la consigna de "consolidar para avanzar" si por ella se comprende exclusivamente el aporte de las capas medias o de sectores inferiores de la burguesía urbana, olvidando la importancia del factor "tiempo", decisivo en la vida colectiva de los pueblos; mientras la dirección política invita a los grupos indecisos a sumarse a la cruzada por el socialismo, el enemigo corrompe a los jefes militares y prepara afiebradamente el asalto al poder. Sólo teniendo conciencia de esta actividad contrarrevolucionaria resulta posible frenarla y sólo apreciando las limitaciones de la "legalidad" burguesa y, por lo tanto, de la "vía pacífica" que comienza respetándola, es concebible una transición concreta al socialismo.

La próxima ofensiva popular chilena se dará en condiciones de caos político inseparable de los excesos de la militocracia, sin Constitución vigente, sin leyes o garantías regulares, sin Poder Legislativo normal, sin tribunales independientes y, por lo tanto, los dirigentes deberán optar entre una reinstalación de la vieja y podrida democracia burguesa con todos sus implementos de farsa y superchería o la instauración de una nueva legalidad más auténtica y más amplia que la ya desaparecida. Tendrán, pues, que elegir entre las formas del pasado preconizadas por el ala más conservadora de la resistencia a la Junta o las estructuras del futuro, anheladas por las masas que las exigirán, dentro o "fuera" de las organizaciones políticas de izquierda.

FRENTES, PACTOS Y COMPROMISOS

Para muchos compañeros la alianza de partidos denominada Unidad Popular va resultando incongruente con la actual realidad nacional que exige una movilización mayor encaminada al principal objetivo de derrocar a la dictadura. Pero tampoco se ve la manera de implantar de inmediato una nueva formación que abarque, realmente, a otras fuerzas enfrentadas a la regresión económica impuesta por la Junta, al terrorismo policial exasperante, a las exacciones arbitrarias, a la paralización industrial, a la inflación galopante, a la cesantía excesiva y al desorden administrativo.

Es fácil comprobar que los elementos sindicales amarillos y próximos al alero de la democracia cristiana se han visto obligados, por la presión de sus bases, a oponerse gradualmente a las medidas discriminatorias de los jefes militares. En los llamados "gremios" y en los colegios profesionales se extiende día a día el descontento. Gran parte de los industriales, privados de la ayuda estatal, de las facilidades crediticias y de la protección aduanera, se alinean en las filas de los que protestan. Y aun en los cerrados recintos castrenses están proliferando los militares "buenos", escandalizados por las torturas y los crímenes, partidarios de regresar al gobierno "civil" y, en el fondo, disgustados por sus propias estrecheces económicas que son el producto de la acción inconexa e irracional de los jefes superiores.

Desconocer estos hechos sería colocarse fuera del más indispensable realismo político y ello tendría muy poco de revolucionario. Un nuevo instrumento de unidad y de lucha debe surgir para mover a todas estas capas sociales y conducir las al derrocamiento de la Junta Mi-

litar. Llámese "frente amplio" o como se lo denomine, su vigencia está impuesta por el curso de nuestra historia y quienes se niegan a reconocer su necesidad están muy lejos de poder considerarse marxistas y leninistas.

Ni Marx ni Lenin predicaron jamás el ascetismo y, que yo sepa, sólo el Mahatma Gandhi dijo que la revolución podría hacerse bebiendo leche de cabra. Para derribar a los gorilas es lícito unirse con todas las víctimas del gorilismo. Lenin lo señaló a través del ejemplo de los viajeros que iban en una diligencia y eran asaltados por bandidos; por supuesto, los viajeros se defendieron juntos contra los bandidos, sin tener tiempo siquiera para averiguar cuál era la profesión, el oficio o el domicilio de cada uno de ellos. Lo que es preciso saber es si, alejados los bandidos, algunos de los viajeros no se aprovecharán del pánico para saquear, a su vez, a los compañeros de ruta.

Sabemos que la gran mayoría de los chilenos se están sumando a la "resistencia nacional", pasiva o activa, contra la dictadura de Pinochet. Esta movilización, que va más allá de las fronteras del pueblo trabajador y alcanza hasta los estratos de la burguesía nacional tiene que "implementarse" en un frente político con objetivos precisos y limitados. Para ello conviene tener cuidado en no permitir el ingreso subrepticio de los que animaron y provocaron "directamente" el golpe, por dos razones principales: una, que ello desmoralizaría y desorientaría a la clase obrera, víctima principal de la brutalidad gorila, quitándole potencialidad y mística; otra, que estaríamos facilitando a dichos elementos la posibilidad de que, ahuyentados los bandidos, reincidan en el saqueo de los demás viajeros. O sea, no parece conveniente cambiar a unos bandidos por otros, sino derrotar a los asaltantes para poder continuar tranquilamente el camino.

¿Cómo se concilia esta interpretación con la fórmula de "frente de trabajadores" sancionada en los congresos del partido? La objeción es legítima y honesta. Pero ya dijo Goethe, que bien mereció ser un marxista, aquello de que "la teoría es seca, amigo mío, pero el eterno árbol de la vida es verde". Es la vida la que nos ha llevado, por el atajo de nuestros propios errores, a la actual coyuntura y nos ubica ante un obstáculo que es urgente salvar. El "frente amplio", más policlasista que la Unidad Popular, debe ser para los partidos de la clase obrera un organismo con objetivos concretos y metas definidas que no excluye la independencia política para accionar en la situación que emerge del derrumbe militar. Si los viajeros de la diligencia iban a diversos destinos, nadie los obliga a que, derrotados los bandidos, prosigan juntos, pues naturalmente ellos "retoman" su propio camino.

Así entendió Lenin la política de los "compromisos" y es muy poco lo que ha podido variar, pues los bandidos siguen siendo bandidos y los viajeros continúan siendo viajeros. Mientras nosotros, socialistas, no nos proponemos como meta de nuestro viaje la República restaurada, con su justicia de clase, su Congreso bicameral conservador, sus instrumentos de represión, sus códigos anacrónicos y su consagración constitucional de las diferencias sociales, seremos comprendidos por los trabajadores que no resisten más el asedio de los criminales.

NATURALEZA DE LA JUNTA MILITAR

No es ocioso, para definir las formas de lucha, caracterizar correctamente al enemigo.

Nos hemos dejado llevar por la facilidad propagandística de

considerar al gobierno de Pinochet como una dictadura "fascista". Pero, desgraciadamente, no nos hemos propuesto, primero, saber exactamente qué es el fascismo y nos hemos limitado a generalizar sobre la base del terrorismo brutal que guarda similitudes, es cierto, con el utilizado por los fascistas, especialmente en Italia y en Alemania.

Pero también recurrió al terrorismo Julio César, y fueron salvajes los reyes asirios o sáldicos los monarcas persas, sin que ello nos faculte para definirlos como "fascistas". Igualmente el que actúen individuos de ideas "fascistas", al estilo de Jaime Guzmán o Pablo Rodríguez, no basta para estimar que se ha logrado cuajar un movimiento de ese carácter.

El fascismo no es únicamente la tortura y el crimen, porque en América Latina hemos conocido a los Somoza, a los Batista y a los Trujillo, que no pasaban de ser unos monigotes sanguinarios. El fascismo es una movilización de capas desorientadas de los sectores medios y de la burguesía inferior, cuya "estampida" provocan los intereses del gran capital, lanzadas contra la clase obrera y sus organizaciones políticas y sindicales, disciplinadas en un partido y fanatizadas por un líder, engañadas por el señuelo de un programa falsamente socialista y que le dan al gobierno naciente un apoyo espectacular y masivo. El putsch fascista se hace sin el Ejército, o aun contra el Ejército, en cuanto éste representa un dique a las excesivas ambiciones de los grupos plutocráticos.

Es cierto que, en Chile, hubo indicios de movilización masiva a través de los camioneros de Vilarín, los comerciantes de Cumsille o los profesionales colegiados, pero su presencia se desvaneció rápidamente en la medida que los militares rechazaron todo apoyo civil y se convirtieron en los árbitros supre-

mos; abortó así la posibilidad de un partido "fascista" y las tentativas posteriores, como el MUN impulsado por el propio Vilarín, no pueden tener éxito en la medida que la política económica de la Junta golpea duramente los presupuestos familiares de las capas medias y la burguesía inferior. En estos momentos esos sectores se reorientan hacia una alianza con los trabajadores, confundidos con ellos en una similar oposición a tales medidas.

Si bien es cierto que, hasta ahora, las fuerzas armadas chilenas no han manifestado veleidades socializantes, al estilo de lo ocurrido en Perú, experiencias ocurridas anteriormente en Venezuela, en Guatemala o en Bolivia, sin contar con la vieja división entre "colorados y azules" en Argentina o los pujos del "tenentismo" brasileño, señalan esa posibilidad y constituyen un argumento más para rechazar la caracterización fascista.

La clarificación tiene una real importancia y no responde a un bizantinismo doctrinario; el fascismo es más estable, más difícil de destruir y, en la práctica, esos regímenes sólo han caído después de una guerra; los totalitarismos regresivos carecen de una base social y de un apoyo de masas por lo que son más vulnerables y se deterioran con mayor velocidad. La definición incorrecta lleva a errores tácticos. No puede desdeñarse una profundización dialéctica, al margen de las imposiciones y de los sectarismos.

Por supuesto, no pretendo decir la última palabra o tener absolutamente la razón y me limito a plantear tres temas para la discusión partidaria, pues los socialistas no le hemos tenido miedo jamás a las ideas ni a la polémica y en ello incide nuestra individualidad política en el subcontinente latinoamericano.